

Sí que lo son, y ellos marcan el fin de una evolución ya iniciada en *Flor mitológica*, que hace concebir grandes esperanzas sobre su autor.

En cuanto a los romances, si no tan afortunados como los sonetos —sin lugar a dudas lo mejor del libro— en originalidad, lo son en sinceridad.

Cuando se habla de “romances” va adjunta a esta palabra la imagen de una España de carnaval que, si bien sigue siendo, nunca ha existido en la realidad, pues es producto de fantasías: se evoca el romance junto a la capa, a la espada y a las flores. Ponferrada impregna sus versos de una esencia burlesca, saltarina, que se desliza por ellos como el agua en las grietas de una roca, y tan pronto está como deja de estar. Es un humorismo elegante, fino, que a veces se pierde —despersonalizando a su autor— bajo una marcada influencia de Federico García Lorca, que parece haber sido un aroma sutil escanciado en el alma de todos los nuevos poetas. Véanse estos versos, por ejemplo:

Y entre las cuatro y las cinco
la sombra le daba vueltas
como si fuera a cortarle
la cintura y la cabeza.
¡Ay del viento detenido!
¡Ay de las flores abiertas!
Heridas de sol tenía
sobre los pechos de arena.

Flor mitológica es un libro de poesías. ¿Qué más se puede agregar? Nada hay más simple que enunciar de tal manera la bondad de estos versos de Juan Oscar Ponferrada, a quien imagino entusiasta, artista y, por sobre todas las cosas, poeta. Creciendo —como decía ese lejano Rainer María Rilke, que tan a destiempo cita— según su propia ley, gravemente, serenamente. Porque nadie puede aconsejarlo o ayudarlo. “Porque, en el fondo, y precisamente para lo esencial, estamos indeciblemente solos”.

HELLEN FERRO.

Cantos de la palabra iluminada, ESTRELLA GENTA. 1er. v. *Las cumbres y Más allá*, Montevideo, 1934, 115 pp.; 2º. v. *El columpio del día, Navío de la noche y Las almas*, Montevideo, 1936, 107 pp.; 3er. v. *Constelaciones del sueño*, Montevideo, 1938, 132 pp.

Los *Cantos de la palabra iluminada*, de Estrella Genta, son tres volúmenes de versos, claros y armoniosos, que han aparecido con regularidad

cronológica y que revelan el ascenso seguro y sorprendente de un alma mística nacida sólo hace veinte años en el Uruguay, tierra de mágica vida espiritual, transida de hondos anhelos de eternidad y de amor, en vuelos de luz y de belleza, según la perdurable concepción del autor ateniense de los famosos *Diálogos* inimitables...

Los tres volúmenes, editados con primor, van acompañados de sendos retratos de la poetisa, y los dos últimos también de juicios críticos emitidos por sus admiradores, que son muchos en todos los países del mundo español, porque a sus más remotos rincones llega ya la fama de sus iluminados afanes...

El lector de estos volúmenes notará en los tres retratos de la Genta algo así como la trayectoria misma de su espíritu astral. En el primero verá a una linda niña de diez y seis años que esconde las manos y enseña los labios entreabiertos, y también los ojos clarísimos que adornan pestañas de bien dibujados perfiles. En el segundo, la niña tiene dieciocho años, y es muy linda todavía. Allí muestra las manos, que entrelazan sus dedos suaves y mórbidos, y los ojos, que se abren hacia lo alto, son vagos e inexpresivos como las manos, y asumen en gesto aprendido de fotogénica elegancia, muy a la Hollywood... En el tercero, la niña es mujer, y muy bella. Sus manos, de perfecto modelado, sostienen ligeramente una cabezita mediatibunda, y al mismo tiempo parecen aprestarse para el vuelo gracioso y atrevido. Las facciones de la Genta, sin perder su pureza juvenil, se han vuelto clásicas en su sencilla y equilibrada madurez, y los ojos, vueltos hacia el reino interior, nos dicen que ya han visto lo inefable...

La impresión que causan los retratos armoniza con la impresión que causa la lectura de los versos. Parece que el espíritu de la Genta, al desenvolverse libremente por los mundos del ensueño, ha sabido modelar la arcilla que lo aprisiona, y lo ha hecho según las normas de invencible euritmia: esa arcilla es ya urna preciosa digna de la esencia que contiene.

En el primer volumen, los versos, sobrios y ricos, transparentes y melodiosos, nos hablan de las ansias de infinitud y de ideal que experimenta un alma niña, fina e intuitiva, que va en busca de los "divinos vértigos" y se extasía al oír el canto de un "pájaro azul" que en ella mora y canta "para escucharse el sólo"... Un cierto narcisismo espiritual y estético se nota en esos versos de suave y alegre ingenuidad atribulada ya por la visión de raras emociones... y orientada hacia los caminos de perfección... Su lectura nos recuerda la juventud de la Sor Juana Inés mexicana, la de los primeros tiempos de vida inquieta en la corte virreinal. Ni un solo poema,

en *Las cumbres* y en *Más allá*, nos habla del amor mundano: su autora vivía entonces dentro de sí misma...

Mas no quiere esto decir que entonces no presintiera ella ese amor. Un soplo cósmico la anima, y aunque su yo trascendental "pugne por alzarse airoso" y se vea envuelto en la "lucha implacable" entre "las dos sombras" de su carne y de su espíritu, nos confiesa que, "por misterioso impulso de la fuerza creadora", se imaginó estar "en la infancia de los sueños del mundo" y ser allí "la mujer esperada", la "Eva del porvenir" de "cerebro fecundo", y nos confiesa también que si sólo hacia Dios tiende "sus manos trémulas", en ella "la manzana del mundo" está todavía "colgada del árbol del universo"...

* * *

En el segundo volumen, los versos de la Genta logran mayor fuerza expresiva dentro de la sencillez simbólica de las imágenes y la pureza de los ritmos en que se mecen sus ideas y emociones. Allí la "celestes crisálida" de su alma sedienta siente el "batir de dos blancas alas de eternidad", y en el eterno vaivén del "columpio del día", que se mueve entre la luz y la sombra, y entre la muerte y la vida, ansía desdoblarse, "en vértice de inquietud infinita", para subir más alto...

Se compara con un "navío de la noche" que lleva "velamen de ensueño" y en la "proa clavada una estrella que sufre la tortura de un lento agonizar", y sabe que ha andado por siglos y siglos "por los insondables mares de la eternidad", y que va "hacia los astros, para sondear la calma" tras de la cual imagina "dolorosa inquietud"...

Anhelante, dolorida, la Genta se cree ser una "celestes queja", y busca la paz y la verdad, creyendo hallarlas en "el ritmo sereno" y magnánimo de Dios, en su "refugio de luz" donde será ella realidad pura, y no sólo una tragedia viviente... La poetisa nos afirma que va "enhebrando las cuentas de los días" en la "maravillosa" hondura de su sér, y que en la "sombra" se ilumina, y quisiera callar, segura de que la Providencia "velará su soñar" si su "silencio es puro"... Llena de fe y de esperanza, a pesar de sus dudas y sus ansias dolorosas, espera ir a Dios, sin la amargura que quebranta sus vuelos, y sin quejas y llantos, ni arrebatos, "en la serenidad de las estrellas que al no saber que alumbran, son más claras".

Cree la Genta que su vida encierra muchas almas, que ella ve "como grandes pétalos coronando un cáliz de gracia y de belleza" y las siente en su conciencia vibrar "enlazadas como estrellas"; y llena de angustia se pre-

gunta: ¿cuál de ellas será “la única, perdurable y eterna”, y “cuál de todas servirá de centro que prepare el polen para la gran siembra”?... El amor que presente, y que espera, es un milagro de luz y de fecundación, y por lo mismo, un acto de dolor!... Es muy femenino su trémulo anhelar:

En nuestras almas graba mil trazos implacables
 un arado que cruza sin descanso: el dolor
 ¡Esperemos! ¡que un día colmado de semillas
 por los surcos abiertos pasará el Sembrador!

* * *

En el tercer volumen, compuesto de poemas de forma muy pura y castigada con amor, la poesía de la Genta, que siempre se inspira en mágicas visiones de índole teosófica, alcanza un espléndido desenvolvimiento. La uruguayana ha entrado definitivamente en la esfera luminosa de la “constelación del sueño”... “semillero astral de mundos” que flotan “en la eterna nebulosa del Silencio —sostenidos y colmados en sus ansias ancestrales— por las manos divinísimas del Tiempo”. Ella tiene ya la clave de su propio destino: vivir y soñar, por haber nacido bajo el signo misterioso de esa constelación, “maravillosa floración de claridades”, donde ella, “con los ojos cerrados”, sabe “cuál es la más suave, cuál la más delicada—de las manos que ofrecen”, aunque no toque nada, y adivina cuál “es el agua más fresca y más pura”, y siente que la divina Providencia “dió a luz un mundo” hondo y callado, y “más diáfano que las auroras”, un mundo “que no tiene nombre con que arrullarlo” ni tiene “cuna para mecerlo”!...

Se ha dicho que la Genta, alma intuitiva y mística, orienta hacia Dios la proa de su navío de ensueño, y que no se siente atraída por los amores del mundo y de la carne. La observación no nos parece del todo precisa... Vimos que en los versos del primero y del segundo volumen de los *Cantos de la palabra iluminada* —o al menos en algunos de ellos— es manifiesto su presentimiento del amor... En algunos de los poemas del tercer volumen ya no es eso sólo: en ellos, aunque vaga e indefinida, aparece ya la “divinísima” figura de un hombre a quien no se unió “cuando lo reclamaba la voluntad de Dios”, en “la hora suprema del encuentro increíble”, y los dos soñaban “un mismo sueño divino, inasequible”, que no pudo realizarse por haber contemplado “mudos”... “la espada de la muerte clavada entre los dos”.

Y sueña a veces que escucha y llama la voz de ese hombre... ¿Vendrá?... ¿O vendrá otro?... No lo sabemos. A juzgar por su poesía, sólo

podremos decir que la Genta está "saturada de amores", como la Teresa de la *Canción de cuna*, y lleva en el alma "un niño dormido", como Sor Juana, y como las demás monjitas que recogen a la expósita y la hacen objeto de sus más hondas y dulces ternuras... Y sin embargo, es preciso decir que en algunos poemas del tercer volumen se revela un hondo presentimiento de la muerte... ¿Qué sucederá con esta mujer tan sensitiva y emocionada, a quien preocupan tanto los problemas del Sér y cuya vida intelectual se apoya en intuiciones puras, mesiánicas, de procedencia oriental?... ¡Imposible advinarlo!

Estrella Genta tiene ahora sólo veinte años, y su carrera por el mundo nos recuerda la de Sor Juana Inés de la Cruz, la niña prodigio de Amecameca que, antes de cumplir los dieciséis, ya asombraba al México colonial por la claridad de sus cantos y la altura de sus concepciones, y que, más tarde, escondida en una celda de un convento de jerónimas, habría de asombrar al mundo español, llenándolo con sus versos, tan ricos de amor a Dios, a la Justicia, a la Libertad, y también a la raza americana, que ella envolvía en su generoso gesto de caridad, sin distinguir a nadie y sin desdeñar a nadie, segura como estaba de que esa raza llevaba en sus venas la sangre de todas las razas de la tierra y en su espíritu el germen de los más altos ideales de humanidad y de concordia universales. A la monja jerónima le debe México la base misma en que ha levantado la fábrica inmaterial de su cultura. ¿Qué le deberá la América del Sur, en un futuro no lejano, a la poetisa estremecida y amorosa del Uruguay?

CARLOS GARCÍA-PRADA,
University of Washington.

Estampas y apologías, MARIO CARVAJAL.—Bogotá, Editorial Lumen Christi, 1938. 176 pp.

Son siete —número de arcano simbolismo— las estampas y apologías que en este bello libro nos da Mario Carvajal, inspirado poeta vallecaucano que va, de ascenso en ascenso, hacia elevadas cumbres de cristiano misticismo. Hace pocos años (1935) que se publicó en Bogotá su libro *La escala de Jacob*, en sonetos de pura esencia lírica; en Cali (1936), su *Romancero colonial de Santiago de Cali*, en romances encendidos de amor filial y patriótico, grávidos de músicas castizas; en Manizales (1937) y en Santiago de Chile (1937), su admirable *Vida y pasión de Jorge Isaacs*, evocación del